

CAPITULO XI.

Un aquelarre.

La campana de vísperas disolvió la reunion de la galería. Las educandas echaron á correr, como alma que lleva el demonio, para no faltar á su obligacion ni sufrir justa reprimenda. Brígida se dirigió á la peana, y cogiendo á Lucrecia por la mano y bajándola con cierta violencia, se la llevó de prisa por el mismo camino que tomaran las educandas. Salieron las monjas de sus respectivas celdas, atropellándose á fin de no ser las últimas en llegar al coro, pero sin darse cuenta ni del retraso en sus quehaceres inesperadamente interrumpidos, ni del adelanto de las vísperas á deshora repicadas. La Madre Abadesa, encendida como un pavo, sin aliento, cual si hubiera corrido mucho, mal tocada por lo inesperado de la interrupcion, haciéndose cruces é invocando á todos los santos, llegaba á su puesto fuera de sí, creida de que veía algo sobrenatural y de que pasaba algo milagroso. Imposible decir los rezos ni comenzar los cánticos en medio de la general estupefaccion. Unas monjas aseguraban que Santa Margarita en persona les jugó aquella mala partida; otras monjas que Belcebú; y todas tenían alguna aprension, ó explicaban más ó menos plausiblemente el suceso por algun linaje de supersticiones. Mujer de aquellas había que juraba por Dios y los santos hallarse bien segura de la aparicion del diablo, visto palpablemente por los claustros, con llama azulada en los labios, cuernos puntiagudos en la frente, pezuña hendida en los piés, y allá por las posaderas un rabo muy largo.

Entre tantas personas, mal traídas y mal llevadas por aquel accidente, no se encontraba ninguna á quien hiriera tanto como á Lippi. La desaparicion rapidísima de Lucrecia, arrastrada casi por Brígida al interior de la clausu-

ra, quitóle completamente la luz de los ojos como uno de esos golpes violentísimos que, por inesperado accidente, caen sobre la cabeza, y ciegan y aturden. La extrañeza mayor pasó primero por su ánimo, luego la incertidumbre, por último, la rabia. Como no contaba con que las vísperas sonasen tan pronto, no tenía apercibida precaucion de ningun género contra aquella súbita fuga. Apenas había vuelto la cabeza, cuando ya estaban todas dentro del Convento, separadas de él por muros y cerrojos sellados con votos monásticos. Figuraos una bandada de avecillas que, atraídas por el cebo, abaten sus alas, posan sus eléctricos cuerpecitos sobre la tierra, pítan los granillos, pían, aletean, se arrullan mutuamente; figuráoslas sorprendidas de pronto por un tiro que las sobrecoge en su alegría, las asusta en su descuido, y las obliga á abrir las fáciles alas y á tomar vuelo en todas direcciones; pues por esta figuranza podeis aproximarnos á comprender cómo huirían de la vista de Filippo todas aquellas mujeres al son de las campanas. Figuraos ahora uno de estos cazadores de red ó de liga, tan perseverantes y tan taimados, atisbando el efecto de su cebo ó de su reclamo, suspensos de aquellas avecillas próximas á caer en sus trampas y á pegarse en sus untos, y que, creyendo ya tocarlas con las manos y meterlas en el zurron, devorados por las impacencias devastadoras y voraces de todos cuantos cazan, las ven súbitamente tomar alas con la celeridad del pensamiento, elevarse á los aires, perderse en los abismos cerúleos, dejándolos burlados, con la boca abierta, las manos cerradas, los ojos fuera de las órbitas, y tres largos palmos de narices; pues por esta otra figuranza, podeis figuraros tambien cómo se quedaria Lippi á la general dispersion que en sus carreras y fugas se llevaba el objeto primero de sus ansias, la codiciada Lucrecia.

No pertenecía nuestro pintor á las esferas de los pacientes y resignados. Vivo y ardoroso su natural, rompía por todo con impulsos de combate y arrebatos de cólera. Al verse solo, se frotó los ojos, queriendo creer antes en súbita ceguera propia, que en la desaparicion de su amada. Al doblarse bajo el peso abrumador de la realidad, tiró la paleta con todos sus colores frescos, el pincel húmedo, y no rompió en mil pedazos la tabla, porque no lo consentía la solidez de su materia. Los pobres chiquillos, que hacían de angelitos al pié de la peana, lo pagaron, pues recibieron, por toda notificacion de que se fueran, algunos puntapiés muy bien dados. Y como sus discípulos y pasantes entraran, viendo que el trabajo se suspendía y los modelillos se marchaban, al penetrar desalados en las galerías, recibieron sus correspondientes mogicones, como pudieran recibir una granizada, pues los disparaba á diestro y á siniestro acompañados de juramentos á roso y belloso, sin curarse de si atentaba á objetos ó personas, á seres inanimados ó animados, en la exaltacion de su encendido apasionamiento y en el furor de su rabia. Cual acontece á todos los ánimos exaltados, no sabia Filippo lo que se pescaba en aquel críticomomento. Espesa nube de sangre cegaba

sus ojos, y tempestades de sentimientos contrarios descargaban sobre aquel corazón suyo por tan grande contrariedad combatido. Su discípulo Diamante y los demás chiquillos, que ya lo conocían, huyeron á todo huir, y le dejaron completamente entregado á las turbonadas de sus iras. Así pudo desahogarse primero en golpes y luego en frases, antes de resolverse á un expediente que le procurara estar á solas con Lucrecia.

—¿Quién diablos habrá tocado á vísperas en este crítico momento? Algun enemigo jurado de mi salud temporal y eterna. Vive Dios que si le conociera le matara, pagándole el desaguisado que me ha hecho en la debida y correspondiente moneda. Las horas de ventura pasan rápidas por este bajo mundo, y el que nos regatea un minuto, nos quita la vida como el más pérfido y más traidor asesino. Y yo, que veía mi amor comprendido. Y yo, que entraba en el corazón de Lucrecia por el medio más seguro, por el medio de mis miradas, expresivas del ardor de mi alma. Y la contemplaba vacilando en su firmeza, y desprendiéndose en mis brazos desde el castillo inexpugnable de su virtud. Está visto; necesito un amor correspondido. Si no extingo esta sed que me abrasa, ¡ay! concluirá por devorarme el alma. Dejémonos ya de paseos nocturnos, de miradas platónicas, de ensueños juveniles, de poesías buenas para monjes é indignas del natural y del temperamento de un artista. Nuestra naturaleza no puede confundirse con la naturaleza de las bestias, pero tampoco ciertamente con la naturaleza de los ángeles. Y yo amo con todo mi ser, así con mis ideas como con mis instintos, cual aman los hombres. Me encuentro en la flor de mis años. Sangre ardorósísima corre por mis venas y exalta con su calor todos mis sentimientos. La misma fuerza que lleva la vida á la Naturaleza, me lleva arrebatadamente á mí al amor. Yo necesito crear, no solamente esos seres inanimados que nada dicen á mi corazón, sino seres vivientes, iguales á mí, que me llamen padre. Para la satisfacción de este deseo saltaré sobre todos los ficticios escrúpulos sociales y sobre todos los vanos votos religiosos. Ni estos ni aquellos pueden bastar á refrenarme á mí, que soy como artista la libertad misma, y que tengo derecho á traspasar los límites vanos en que los demás seres inferiores se encierran. El que se arrastra puede medir todos los obstáculos y detenerse ante ellos; pero no así el que vuela, á cuyas alas pertenecen los espacios. Lucrecia, cuanto más te miro, más te amo, Dios ha debido destinarnos desde la eternidad para que seamos cada cual según nuestra naturaleza, complemento del otro. Dividióse el género humano en sexos, como tantos otros géneros y especies. Las almas se dividieron á su vez en dos porciones. Nuestra alma, pues, se compone de dos elementos como la Trinidad de tres personas; se compone del alma del hombre y del alma de la mujer, las cuales forman una sola y misma alma. Cada hombre lleva la mitad de un alma; cada mujer la otra mitad. Las dos reunidas é identificadas componen el alma humana. Lucrecia y yo somos, pues,

un alma sola. Y no pueden separarse estas dos mitades, como no pueden separarse la sangre y el corazón; como no pueden separarse la luz y el sol; como no pueden separarse el Verbo y la divinidad. Estoy seguro de que ella participa de mis creencias y de mis sentimientos. Como yo, comprende haber nacido para respirar y vivir á mi lado. Pero necesito decírselo y oír lo que responde. Y si por ventura su natural dulce y bondadoso, su corazón tierno y sencillo, su conciencia pura y nítida, su virtud nativa oponen alguna resistencia á mi deseo, la venceré, primero con la razón que reside en el alma y luego con la fuerza material, si es preciso, pues no hay para mí resistencia invencible. Y la arrancaré violentamente á este retiro, y la robaré á este Convento. Sacrilego atentado será ciertamente; pero el crimen se borra con solo atravesar una frontera. Si Florencia nos persigue, Venecia nos socorrerá. Si Venecia faltara á este deber, nos acogería el moro. La tierra se convierte en cielo para los amantes felices y satisfechos. Una cabaña nos basta, como un nido al ave enamorada. Quien mantiene la luciérnaga en las yerbecillas del arroyo, nos mantendrá á nosotros en las sombras del mundo. Si nuestras almas se alimentan de la mútua correspondida pasión, apenas necesitaremos alimento para los cuerpos. Yo expondré todo esto á mi amada y mi amada me oirá, porque nuestras ideas se corresponden como se compenentran nuestros corazones. Necesito moverla resueltamente á que siga á quien desde hoy será su sombra. Y para moverla, para convencer su razón y persuadir su voluntad, solo hay un medio; verla, hablarla, decirle cuanto por mí pasa. Precisa estar, pues, solos. Precisa remover los obstáculos que á esta soledad se oponen. Ahora mismo voy á ver á la Priora y á decirle que no vuelvo á emprender trabajo alguno sino en completa soledad, abandonado de todo el mundo, cara á cara con la mujer á quien debo tomar por único modelo de mis cuadros. Si quiere, he vencido; si por casualidad no quisiera, la amenazo con irme de la casa. Y manos á la obra.

Entróse, pues, en el ordinario locutorio del Convento, y notificó á quien correspondía su deseo de hablar con la Priora sobre cosas conducentes al mejor servicio y mayor gloria de Dios. Venía ya Su Reverencia al locutorio, cuando recibió el recado de Lippi; y no hizo mas que apretar el paso y apresurarse á la cita. Acompañaba á la Abadesa Sor Teodora, expresándole de paso sus quejas por aquel desorden y aquella barahunda en cuyos incidentes se encontraba todo menos la paz propia de los monasterios.

—Cuando oye uno tal estruendo, decía, trae á las mientes un dicho célebre de Diógenes, el cual, como fuese á un baño público, y encontrase el agua súcia, preguntó donde iban los bañistas á lavarse al salir de allí, ni mas ni menos que haremos nosotras, tentadas despues de este grande estruendo á preguntar donde iremos en pos del reposo y del silencio propios de los claustros.

—Calle, Madre Teodora, calle, que está una para echar los bofes con tanto trabajo y tantos cuidados. Nos metimos en arreglar el Convento, trayendo educandas que lo ocuparan, pintores que lo tiñeran, monjes que lo enalteciesen; y no podemos con el trabajo que nos ha caído encima y con la barahunda que se ha armado. Necesitase, pues, un poco de paciencia.

Y en estas y otras llegaron al locutorio. En cuanto las vió entrar, dobló Lippi con reverencia la cabeza, y dijo solemnemente.

—Señora.

—Hermano.

—Vengo á quejarme.

—No me lo jureis. Lo adiviné. Está en boga hoy el quejarse. Todo el mundo se queja.

—Pero nadie con tanto motivo como este pobre pintor.

—Todo el mundo tiene iguales motivos. Cuando la hora misma de vísperas se cambia y se trastrueca qué cosa ni persona quedarán dentro de este Convento en su debido sitio?

—Malo ha sido para mí el cambio de hora; mas no tanto como el número de personas que han entrado en la galería y que me han impedido con sus interrupciones y sus disputas todo trabajo.

—En los conventos cualquier cosa, el suceso mas natural, sirven de motivo al recreo y de pábulo á la curiosidad.

—No pienso meterme en los achaques del Convento, que ni me van ni me vienen; pero sí decirle que jamás acabaremos el cuadro, de seguir tal como vamos hoy. Esta educanda hace una mueca, aquella tropieza con mi brazo, la de mas allá vierte los colores, y la de mas aquí pasa su manga, como si fuera rodilla de cocina, por la superficie fresca de mis trabajosos empastes.

—No volverán las educandas; yo se lo aseguro á Su Paternidad.

—Con quitarme las educandas, no me ha quitado nada Su Reverencia.

—¿Qué mas quereis?

—Hay todavía cierta dueña, mas arrugada que el pergamino, mas gárrula que las urracas, mas vieja que el hambre, mas fea que el coco, la cual con sus disputas eternas y sus chismecillos de vecindad no suele dejarme punto de recogimiento y de reposo.

—La dueña no está inmediatamente bajo mi jurisdiccion como las educandas; pero trataré de que tampoco os incomode.

—Luego, ese padre Serafin.

—¿Tambien el padre Serafin?

—Pues ya se ve.....

—Todo le molesta.

—Ciertamente.

—Pero, hermano, tenga un poco de paciencia.

—¿Qué paciencia? Fácil de aconsejar; difícil de tener.

—Procúrela, procúrela.

—¿Si creerá Vuestra Maternidad que hacer un cuadro es como hacer un almíbar?

—Ese buen hermano Serafin tiene ángel y debería gustarle estar á su lado por la luz que despide su entendimiento y los consejos que da su voluntad.

—Es capaz con sus ideas de cincelar un alma, la mas oscurecida y decadente, pero incapaz de distinguir con sus ojos un cuadro de una estatua.

—Hasta el hermano Serafin os incomoda.

—Hasta el hermano Serafin.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque de ese no puedo yo en verdad libertaros. Tampoco depende en manera alguna de mi jurisdiccion ni entra en mi disciplina.

—Pues no ha de estarse allí, que me molesta.

—Si os molesta, libertaos vos mismo de él con vuestra maña y no esperéis determinacion alguna de mi autoridad.

—Bien. Allá me las compondré como Dios me dé á entender.

—De suerte que en la inmensa galería se quedará Su Paternidad solo con su modelo.

—Enteramente solo, pues pienso echar de allí hasta los chiquillos de la peana, colocados el primer día con intento de observar el grupo que presentaban, la vista que ofrecian, y la entonacion que daban. Su concurso no se necesita hasta dentro de algun tiempo, pues tengo concentrada toda mi actividad en trazar aquel divino rostro y aquella celestial mirada, punto principalísimo de mi trabajo, y manantial fecundo de mis inspiraciones.

—Hermano, libreme Dios de pensar mal ni sospechar cosa alguna de quien tiene dado su corazon á la Virgen del Cármen y su entendimiento á la pintura. Vuestra Paternidad es un santo como cuadra á su carácter. Pero el mundo tiene lengua de víbora. Y si os ve solos, puede sospechar que os junta el amor mas que la inspiracion. Echen puertas al campo y mordazas á la maledicencia. Sin ir mas lejos, tenemos aquí á Sor Berta capaz de denigrar su propia sombra. Ya sé con seguridad que nada debemos temer. Quien ha dejado el mundo para entrar en el claustro, y se consagra dia y noche á pintar para los altares y á repetir la imágen de Cristo y de los santos, no puede perder su alma ni irse al infierno por la primer muchacha encontrada en su camino aunque fuese la misma Elena, ruina de Troya. Pero de Dios dijeron, y yo debo cuidar, no solamente del alma y de la salud, sino tambien del honor y del nombre de todos cuantos habiten bajo nuestras respetables y sacratísimas techumbres. Y francamente, quien ama el peligro, perecerá en él. No la busques, y no la encontrarás. Tanto va

el cántaro á la fuente, que al fin se rompe. Y el hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo y sopla. Y cuando sopla el diablo suelen armarse unos incendios, que ya, ya.....

Esta observacion de la Piora contrarió mucho á Lippi, por lo mismo que daba materialmente en el clavo. Así estuvo algunos minutos perplejo y sin saber qué contestar ni á qué santo encomendarse para salir del apuro y retorcer el argumento. Mas súbitamente, como ducho en todas estas artimañas, dió con la salida. Su principal empeño estaba en hablar á Lucrecia. Sabia perfectamente con quien trataba para imaginarse rendirla al primer embate. Al cautivar la voluntad precedia naturalmente el cautivar la inteligencia. Y para cautivar la inteligencia, despues de haberle dicho tanto con los ojos, necesitaba decir alguna cosa más con los labios. Importábalé poco que le vieran con tal que no lo oyesen. Y desde el extremo de la galería, donde estaba la peana, á la reja que señalaba la clausura, habia una distancia tal que no salvaba el mas penetrante oido. Nada mas fácil, pues, que dar una fianza á los escrúpulos de la Abadesa y conseguir el deseado objeto. Bueno era Filippo, que con tanto ímpetu queria, y deseaba con tanta vehemencia, para sacrificar lo principal á los accidentes y á las circunstancias de lo accesorio. Volvióse, pues, á la Abadesa, y con el tono mas meliflúo y con el aire mas hipócrita, como quien no quiere la cosa, le dijo:

—Libreme Dios de apacentar á sabiendas la murmuracion. Abomino el escándalo porque enreda consigo muchos, muchísimos pecados. No pudo ocurrírseme el mal pensamiento que espresó Vuestra Maternidad, sin duda por mi ignorancia del mundo y de sus sirtes. Pero lo ha dicho persona tan santa, y sabido se lo tendrá. Todo puede arreglarse con que alguna madre de su confianza quede en la reja y vea cuanto en la galería suceda. Lo que ha de ver por sabido se calla; un monje pintor que anima la tabla con colores y dirige vista y palabra continuamente á su modelo.

—Pero bueno es precaverlo todo. El diablo anda muy suelto por el mundo y se mete de rondon en estas casas de penitencia, verdaderas trojes del cielo. Impediremos á todo el mundo entrar mañana y pintarás á tu sabor y á tus anchas. Mas cohonestando tu libertad con mi quietud, tendrás allí de centinela el oido mas agudo, la vista mas penetrante, el ánimo mas caviloso, la lengua mas larga de toda la Comunidad, tendrás á nuestra hermana Berta.

—Venga quien venga con tal de que no me tire esta de la manga, ni aquella me tropiece en el brazo, ni la mosquita muerta me diga observaciones impertinentes, ni el demonio toque la campana en medio de mi trabajo, cuando mas descuidado me encuentro y mas creido de que aun me queda mucho, muchísimo tiempo.

—Vaya en gracia y haga cuanto quiera con tal que nos deje aquí un cuadro que sea la admiracion del mundo y regocijo del claustro.

Lippi inclinó profundamente la cabeza y se salió del locutorio con aire de vencedor. Todos los obstáculos cedieron á su voluntad incontrastable. La única sombra, que se destacaba en el cuadro de su dicha, era la sombra de Serafin. A la penetracion del carmelita no se ocultaba el desinteresado empeño que tenia el bondadoso, el caritativo, el santo franciscano en impedir una entrevista fatal á la jóven, por cuya virtud velaba, sin mas móvil que el amor desinteresado al bien de sus semejantes. Respetando mucho como respetaba el buen natural de su amigo, Filippo sentia que en aquel momento se interpusiese entre sus deseos y la satisfaccion de estos deseos. La virtud tiene tal fuerza, que impone verdadero culto aun á aquellos incapacitados de practicarla, aunque capaces de comprenderla. Si hubiera chocado con otro, ya sabia que hacer; apelar á la violencia, y convertir la porfia en batalla. Figuraos por ejemplo que en vez de molestarle un Serafin, le molestaba un Alberto, aquel cofrade gárrulo y chismoso, ajeno á toda virtud, metido en toda pendencia, entrado en religion como pudiera entrar en cualquier carrera profesional, y que tantas veces disintiera de las ideas y del proceder de Filippo. Pues muy bonitamente lo hubiera cogido en la misma galería por la cintura y lo hubiera arrojado como un mueble ó un fardo inútil por la ventana. Mas Serafin pertenecia á esos obstáculos que se burlan y no se allanan. Precisaba sortearlo mas bien que destruirlo. Nuestro artista cazaba el alma de Lucrecia con el tino que emplea la araña en cazar el cuerpo de la mosca. Y despues de todo lo ocurrido, la segunda entrevista con su modelo, se elevaba en su preconcebido plan á la importancia de una entrevista suprema, cortando por lo sano todas las dificultades y todos los retardos. ¿Pero cómo libertarse del franciscano? Vamos á ver el expediente á que ocurrió en su inventiva.

Dirigióse, pues, desde el locutorio á la sacristía en busca del monago.

—¡Hola! muchacho.

Le gritó al entrar.

—Buenos dias, Padre Filippo.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Cómo andamos de juegos?

—Así, así.

—¿No te dejan divertirte en este Convento?

—Poca cosa.

—De eso tienes tú la culpa.

—¿Yo?

—Tú.

—Yo que estaria saltando y brincando veinticuatro horas seguidas.